

Jornadas de un mercenario

Capítulo 1

El impacto de la carga fue brutal. Saltaron entrañas, escudos y armas. Johan tuvo suerte y tras romper su lanza y no caer del caballo, consiguió desenfundar su espada. Su brazo hizo un arco y la punta del arma se clavó en la garganta de un Orco. La yugular se quebró y la criatura cayó de su montura mientras aferraba su garganta. Su caballo siguió avanzando, aunque un segundo después, se encabritó. El mercenario supo lo que iba a suceder y se deshizo de las espuelas y saltó un segundo después de que la bestia cayera al suelo.

Su escudo se había perdido bajo el corcel, y ahora no tenía más que una espada frente a un Orco sobre un jabalí. Tras lanzar su primer estocada, se convirtió en una espada mellada frente a un Orco sobre un jabalí. El piel verde le miró confiado. Hizo avanzar a la montura y lanzó un golpe con su rebanadora. Johan bajó la cabeza y esquivó la cuchilla por milímetros. El Orco gruñó y espoleó al jabalí para que le arrollara. Johan se mantuvo quieto hasta el último segundo, saltando a la izquierda. Se agachó y cogió la lanza de un caído, y mientras el jinete giraba la lanzó cual jabalina. El proyectil voló en línea recta pero fue interceptado por el escudo. La bestia gruñó de nuevo y se lanzó al ataque. Mientras cargaba, el mercenario se armó con una rebanadora, la cual tuvo que empuñar a dos manos. Se agachó y esperó hasta el último instante; pero esta vez no se hizo a un lado, sino que clavó el arma con todas sus fuerzas en el pecho del jabalí. Tal era el impulso de la criatura, que aun sobresaliéndole el arma por la cruz, tiró a Johan hacia atrás. Este se levantó rápidamente y, antes de que el Orco se pudiera quitar de encima el peso de la bestia, desenfundó su pequeña daga y se la dejó clavada en la garganta. Tomó como arma la gigantesca espada del pielverde y lanzando un grito de guerra, se lanzó al combate que ya llevaba unos metros alejados de su posición.

La espada que llevaba al principio le era difícil de manejar, pero tras algunas estocadas se acostumbró a degollar goblins. Sí, le encantaba luchar. Desde los siete años sabía esgrima, desde los dieciséis sabía matar, y a los veinte ya había cazado Orcos. "Aunque no es lo mismo," se dijo mientras clavaba la rebanadora en el esternón de un goblin despistado "combatir sólo que en conjunto".

La batalla siguió a su alrededor, y tras algunas horas se había acabado. Las heridas con que contaba no eran muy dolorosas, aunque si contaba con varios cortes que le escocían. El más importante era un corte en el pecho, que un par de centímetros más arriba y se habría acabado su vida. Sentado sobre un jabalí, observó como se acercaba el joven Hugo. Según le habían dicho era el hijo proscrito de un Duque Bretoniano, que nunca creyó en las pamplinas de la Dama del Lago y demás; y no fue raro por ello que le expulsaran. A pesar de ello, tenía un gran sentimiento del deber, y desde que estaba en el regimiento de Caballería Pesada con Johan, había sido como su perrito faldero. Ahora se acercaba a caballo, sujetando las correas de otro. A pocos pasos de él, se detuvo.

- *Señor, aquí tienes el caballo de Felden; cayó en batalla y -sonrió- seguro que no le gustaría que su caballo se desaprovechase.*
- *Ah, Felden, Marcus Felden-Johan levantó la mirada hacia Hugo-; bravo guerrero ese Felden sin duda, mas rácano como una rata y eso lo sabíamos todos. Déjalo donde está, es de mal agüero tocar las propiedades de los caídos-se levantó y estiró sus miembros-. Vamos al campamento, a ver si el Príncipe Weldhen suelta la pasta que prometió.*

Hugo afirmó con la cabeza y avanzó a la velocidad de Johan. La caminata al castillo no fue larga, más bien corta. El antes camino limpio de gris piedra ahora era sucio de rojas entrañas. Los cuerpos parecían formar parte de una heterogénea alfombra de muerte. El caballo intentaba evitar los cadáveres, mientras que el hombre apenas se inmutaba. Aparentemente, Johan era un hombre verdaderamente frívolo.

Johan y Hugo encabezaban un pelotón desorganizado de los guerreros supervivientes. Nadie les dio la bienvenida a la casa del noble, ya que la guardia estaba dentro; por ello, se tomaron la libertad de que podían avanzar. En cambio, antes siquiera de pisar el puente de madera salió Riccani de Remas, el pagador y a su vez primo del General Humberto de Remas. Contaba con el favor de este, pero para nada de las tropas. Se decía que gran parte del dinero lo guardaba para sí, aunque esta opinión la tenían casi todos los mercenarios de sus pagadores. Era alto y delgado, de porte noble y finos bigotes como la moda en el lejano Oriente. Tenía un cuerpo fuerte y atlético, pero era demasiado cobarde como para luchar. Detrás de él, llegaban sus esclavos de piel negra del Sur, llevando un cofre a sus espaldas, y más allá sus diez magníficos guerreros de escolta.

– *Al campamento-dijo el pagador cuando llegó, señalando con un dedo el grupo de tiendas de campaña.-Ahí repartiremos esto.*

Los guerreros se pusieron en marcha hacia donde Riccani indicó. En poco tiempo, ya estaban allí. Los servidores posaron el cofre en el suelo, y el pagador ordenó a sus guerreros que lo defendieran con la vida de los otros mercenarios. Entró en su propia tienda de campaña y salió con un pergamino y una pluma de faisán. Mojó esta en tinta de Cathay y posó el trozo de papel sobre una pequeña mesa que había puesto a propósito afuera.

– *Veamos los caídos...-pasó su lengua por la punta de la pluma, manchándosela-. ¿Arlyn Arcocertero?*

– *¡Vivo!-dijo una voz élfica.*

– *¿Arnuz Gotreksson?*

– *¡Caído!-dijo una triste voz enana.*

"Alrik Gotreksson, su hermano" pensó Johan. Se dejó caer sobre una roca. Se quitó el casco que tapaba su cabeza y se deshizo de los brazaletes y del pectoral. Miró al cielo y observó como las nubes, poco a poco, iban desapareciendo. Los nombres continuaban y Johan pensaba en su pasado, presente y futuro. Su pasado estaba nublado, no quería recordar. Su presente era agradable, ya que había paga. Su futuro... Casi tan oscurecido como el pasado. No sabía, desde aquel día que se hizo mercenario, lo que iba a hacer al siguiente alba. En cambio, en su cabeza se iba formulando un plan...

– *¿Johan Stocker?*

– *¡Vivo!-dijo de mal humor, debido a que le iban sacando de sus ensoñaciones.*

La lista de vivos y caídos terminó ahí; siempre había sido el último. Aquella lista fue seguida por la querida de Johan; la de la paga. Tuvo tiempo de meditar de nuevo, y cuando Riccani le interrumpió esa vez no estuvo de mal humor.

– *Johan Stockher...-Riccani se mordió la lengua-Capitán de 1er Regimiento de Caballería Pesada... ¿Verdad?*

– *Lo sabes perfectamente, tileano-dijo Johan.-Dame lo que me corresponde de una vez.*

- *De acuerdo, de acuerdo, soldado veterano- contestó el Pagador con una risilla. Pareció hacer un calculo mental y sacó unas cuantas monedas del cofre; las metió en una bolsilla de cuero y las ató con una goma, casi artísticamente.- Cuarenta y tres coronas de oro.*
- *¿Cuarenta y tres coronas?-gruñó Johan- ¡Hasta prostituyéndome habría ganado más dinero!*
- *Prostituyete pues-dijo el Pagador Riccani, desafiante. Mantuvieron las miradas fijas durante unos instantes y después Johan sonrió.*
- *Prostituyéndome no tendría la emoción de ver la cara de mi pagador cuando se enterara de que su mujer había sido violada y asesinada por brutales Orcos.*

Riccani tuvo que precisar toda su voluntad para no degollarle allí mismo. No debía hacerlo, al menos delante de todo el mundo. La mayoría de los guerreros le respetaban casi más que al mismísimo general. Sería mejor verter un poco de Matahombres en su copa de la noche. Se giró, moviendo su capa exageradamente y se retiró a su tienda, seguido de su guardia y de los esclavos de las Tierras del Sur que llevaban el tesoro. Johan se quedó unos instantes mirando la vivienda del ex-noble. Sonrió sarcásticamente y guardó la bolsa de cuero en su zurrón.

Cogió las piezas de su armadura y a grandes pasos se dirigió hacia su tienda de campaña. Era lo bueno de ser Capitán, ya contabas con algo de independencia. Rápidamente echó una ojeada a sus pertenencias. Un baúl con coronas de oro, ropas negras de repuesto, una pipa, una cota de mallas y su magnífico sombrero de ala. Buscó en los ropajes la llave del arca, y cuando la encontró la abrió con facilidad. Subiendo la parte de arriba, depositó la paga de esa batalla. Cerró el cofre y volvió a guardarse la llave en un bolsillo secreto de la manga.

Temía por su vida; la situación con Riccani había ido empeorado cada día, y más aun cada batalla. No dudaba en que le pudiera vencer en combate, pero tampoco dudaba en que el ex-noble tenía modos más silenciosos y más traicioneros de matar. Se desabrochó la chaqueta y bajo ella se puso la armadura de anillas. Se volvió a vestir y salió de la tienda.

Poco a poco ya empezaba a oscurecer. En aquella región de los Reinos Fronterizos la noche llegaba pronto, y con su llegada el calor se iba. Johan había viajado por muchos sitios siendo mercenario; Estalia, Tilea, los Reinos Fronterizos, las Montañas del Fin del Mundo, las Montañas Grises... Incluso había luchado una vez en la helada Kislev contra los furiosos Nórdicos. En aquella batalla había recibido su herida más profunda, un tajo en la pierna que bien podría haberle dejado cojo, sino fuera gracias a las artes curanderas de aquel extraño elfo.

Se dio una vuelta por el campamento. Algunos ya habían abierto el ron y el vino, mientras que otros jugaban a las cartas pacíficamente. Cada regimiento estaba por su parte, excepto los miembros de otras razas; a pesar de tanto tiempo, aun había hostilidades para con los Enanos, halflings y sobretodo Elfos. Los Enanos bebían cerveza fuerte, según ellos nada comparable al meado de cabra humano. Los halflings tomaban su aperitivo a base de patas de jabalí, y los Elfos tocaban y cantaban muy apartados de los demás. Junto a ellos estaba la única mercenaria de la compañía, Isaide. Los mercenarios por lo general era gente ruda, como ya hemos dicho xenófoba, y además de ello machista; era por eso por lo que únicamente los Elfos la aceptaban en sus actividades no-bélicas.

Johan siguió deambulando por el campamento en solitario hasta que oyó una voz que le llamaba. Se giró y vio a los trece (antes catorce) guerreros de su compañía en círculo jugando a los dados.

- ¿Te apuntas?-dijo Drojka, el Kislevita-Estoy seguro que no aguantas ni dos partidas, mi capitán.
- Johan alzó una ceja.
- *¿Te crees mejor que yo jugando a los dados?- se sentó con ellos- Date por pobre, Drojka. ¿A cuanto vamos, Iñigo?*
- *Calavera, castillo y fuego, tres cuatro y seis respectivamente. Doble, puntuación por dos. Si es escalera, por cuatro.*
- *¿Número de dados?*
- *Cuatro.*
- *Apuesto a la tercera.*
- *¿A la tercera? ¿Estás diciendo que si saco una calavera un castillo y un fuego van...-preguntó Hugo*
- *Ciento cincuenta y seis coronas-terminó Johan- y lo mismo si yo lo consigo.*
- *Me retiro-dijo Iñigo-. Hoy el cerdo de Riccani no ha aflojado demasiado.*
- *Dimelo a mí-dijo*

La mayoría se retiraron. Jugaban solo tres; Hugo (que además de buen luchador tenía una suerte magnífica últimamente), Drojka y Johan.

- *Empiezo yo -declaró el bretoniano.*

Metió los cuatro dados en el cubilete y los agitó, tapando el agujero con la mano. Los dados repicaron en el recipiente unos segundos. Después, giró la muñeca y apartó la mano. Los cuatro cubos cayeron y rodaron unos segundos antes de pararse.

- *Ojo, espada y fuego-gruñó Johan- seis puntos; la Diosa de la Fortuna no te acompaña hoy, Hugo. Tu turno Drojka.*

El Kislevita metió los dados de uno en uno en el interior del cubilete y los agitó de la forma similar a la que la había hecho Hugo. De repente, apartó la mano y los cuatro dados volaron en el aire. Moviendo el brazo los capturó al vuelo. Johan aplaudió lentamente.

- *Perfecto-dijo el Capitán-; pero no buscamos malabarismos, buscamos resultados.*

Drojka sonrió y giró el cubilete. Retiró la mano y cayeron de nuevo los cuatro dados.

- *¡Vaya! Fuego, fuego y espada Veinticuatro puntos ¡Supera eso!*

Johan capturó los dados utilizando el recipiente como guante. Lo puso en posición vertical y lo agitó a mucha más velocidad que los otros. Giró la muñeca y quitó tres de los cinco dedos que tapaban el agujero. Cayeron cuatro dados. Johan sonrió.

- *¡Superado esta! Fuego, fuego y fuego. Treinta y seis puntos. Van treinta y seis coronas por tu parte, Drojka y noventa por la tuya, Hugo...*

Repentinamente, cayeron los cuatro dados del cubilete. Johan maldijo y el resto de hombres rieron a carcajadas.

- *Cerdo tramposo y tus dados trucados...-dijo el Kislevita-; nos debes ciento cincuenta a mí y a Hugo, por ir a la tercera.*

De repente, sonó la voz del halfling Hengar Estómago vacío anunciando la hora de la cena.

- *Lo siento, pero cuando hay que comer... Hay que comer-dijo el Capitán, disculpándose.*

Se levantó y se fue a grandes zancadas de la partida. Cuando llegó ya habían desplegado varias mesas en horizontal, y únicamente los halflings estaban sentados. Decidió que no sería bueno llenarse la tripa sin haber fumado un rato. Y sin dudarlo, se dirigió a su tienda para coger la pipa.

Según iba todo el mundo se cruzaba con él en la dirección contraria, y tras pasar por dos tiendas se encontró solo. Según andaba, la hierba crepitaba a su paso. Oyó algo y se detuvo. No parecía sonar nada. Preparado para cualquier cosa, siguió avanzando. Volvía a sentir escalofríos de nuevo. No, dudaba que Riccani tuviera el valor de mandar a uno de sus guardias personales a que le matase por la espalda. Se giró de nuevo y no vio nada. Decidió que el resto del camino lo haría a grandes zancadas. Al principio, silencio ; pero sólo era la calma que precedía la tormenta, pues se volvió a oír ruido. Se giró repentinamente y vio como un murciélago se desvanecía en la noche. Suspiró, aliviado.

Cuando entró en su tienda vio que todo estaba como lo había dejado. Se adentró y cogió su pipa. Se giró y salió de la tienda, sin preocupaciones. Al rato, llegó a la mesa de la comida, la cual ya estaba casi llena. Se sentó entre los suyos, que le habían dejado un sitio libre. Sin preocuparse por modales o alguna que otra incomodidad, tomó una pata de jabalí que reposaba en una bandeja y la puso en su plato. Como los otros, la devoró en poco tiempo sin cubiertos o cualquier utensilio de cocina; la excepción eran los Elfos y la mujer, que comían en una esquina.

Johan tragaba (y repito tragaba y no comía) a gran velocidad cuando sintió sed. Dejó el trozo de carne y respiró unos segundos profundamente. Después, tomó su copa, se la puso en los labios y virtió en la boca. Repentinamente, recordó que no se había servido, y recordando al pagador escupió el líquido, cuando ni siquiera había tragado nada. El vino salió volando y salpicó en toda la comida además de en los tres halflings que estaban frente a él.

- *¿Qué demonios haces?-preguntó Albert, de su compañía-¿Acaso no confías en el vino que te servimos?*

Johan abrió los ojos de par en par y miró a todos los que le miraban. Los halflings estaban furiosos, pero no se atreverían ni siendo una docena contra él (aunque seguramente la superioridad numérica se haría notar).

- *Perdón-dijo Johan.*

Al cabo de un tiempo habían acabado de comer. Cada uno se fue por su cuenta y la juerga alcoholica empezó. La mayoría estaban totalmente borrachos. Y como es normal, cuando están borrachos sus estímulos salen más rápido de lo normal. Y entre todos estos individuos borrachos destacaba la Brava Exiliada Octava Compañía de Alabarderos de Nuln, "o los cerdos con hachas largas" tal como les conocía Johan. Se trataba de unos soldados de Tropas Regulares de El Imperio que habían huído en una batalla contra los Orcos, dejando un flanco totalmente desprotegido. El mismísimo Emperador Karl-Franz I les había expulsado... O eso se decía. En cambio, ellos decían que habían sido expulsados por intrigas en la nobleza de Nuln. Johan pensaba que todos eran idiotas; todos y cada uno de ellos, sin excepción.

Johan andaba sin dirección de nuevo, y vio como en esa ocasión, los alabarderos estaban dedicándose a insultar a Isaide. "Desgraciados" pensó Johan ".Pobre mujer". En cambio, no actuó de inmediato. No tenía ni humor ni ganas de pelea... Al menos de momento. Observó como poco a poco empezaban a rodear al grupo de elfos con Isaide. Les ignoraban, no merecía la pena pelearse.

- *Eeeh... Pero mirad que pintas tiene... Si parece salida del barrio de Middenheim de Altquartier-dijo Alfred von Rausk, y los otros le rieron la broma. En cambio, a Johan no le hizo ninguna gracia. Había nacido en Altquartier, y jamás permitía que nadie ofendiera la calle, o a sus gentes. Se giró y avanzó hacia Alfred.*
- *Discúlpate ante esta dama por tu ofensa-dijo seriamente.*

Alfred dudó. Era bravucón y estaba borracho, pero ante Johan se lo pensaba dos veces.

- *Discúlpate ante esta dama por tu ofensa-repitió en tono burlón Arthur , el capitán de la compañía. Llevaba desde siempre una fuerte enemistad con Johan y ahora parecía el momento de solucionarla. Johan no se contuvo y soltó un puñetazo directo con su brazo derecho que impactó en todo el pómulo del hombre. Cayó al suelo y escupió sangre; la pelea parecía haber comenzado. En cambio, cuando se iban a lanzar a por Johan, Arthur, aun en el suelo, levantó la mano y mandó que se detuvieran. Se levantó y sonrió.*
- *Esto es una cosa entre el jinete y yo- Alfred desenfundó la espada que siempre llevaba encima-¿Dónde está tu espada, mendigo?*
- *Perdida en combate, pedigree-contestó en tono burlón.*
- *Una pena-dijo Alfred tras encogerse de hombros.*

Avanzó un paso y lanzó una estocada de arriba a abajo. Johan se echó a un lado. Arthur sonrió y golpeó otra vez, pero esa vez de atrás a adelante. Su contrincante se quedó quieto hasta el último segundo, momento en el que se echó a la izquierda. Con las dos manos sujetó la muñeca derecha de Arthur y golpeó su cabeza contra la del otro. Parecía aturdido, pero no soltaba la espada. Aprovechó ese momento para golpear con la rodilla en las partes nobles, y entonces Arthur cayó al suelo de nuevo, no antes sin soltar la espada. Johan la tomó y le puso el filo en la garganta.

- *Disculparte ante esta dama por tu ofensa-repitió Johan.*

En cambio, los hombres de Arthur no eran muy galantes, que se pueda decir, y uno de ellos aprovechó que estaba de espaldas para golpearle con una piedra en la cabeza; Johan cayó al suelo casi perdiendo la consciencia. Y esa sí que fue la señal para el combate. Totalmente aturdido, vio como los Elfos (extrañamente liderados por Isaide) se lanzaban al combate, el cual se desarrollaba sin ningún tipo de arma artificial. Al poco rato, llegaron los Enanos, profiriendo gritos, totalmente beodos, anunciando que los Elfos debían quedarse en su islote y dejar al resto en paz. Y no mucho después llegaron los hombres de Johan, liderados por Drojka, seguidos al rato por la mismísima guardia del mercader. Sólo podía ver pies y los rostros de los que caían al suelo. Repentinamente, notó algo afilado en la garganta. Giró la vista y vio el rostro de Arthur mirando desde una posición privilegiada.

- *Arriverecci, como dicen en Tilea.*
- *¿Serás tan cobarde-dijo Johan, para alargar su vida- de no dejarme luchar?*

– *Te he deja...*

De repente, recibió un golpe en la cabeza y cayó aturdido. Detrás de él apareció Isade, la cual le cedió la mano.

– *La guarida de Riccani se ha ido, pero volverá con el General y los suyos-Johan aceptó la mano y ella le ayudó a levantarse-. Las cosas han ido demasiado lejos y creó que Humberto no tendrá más paciencia. Tienes que ...*

– *Irme.Ya lo había.... planeado.*

Apoyándose en la chica salió de la refriega. Anduvieron unos pocos metros hasta llegar a la valla de madera donde estaban atados los caballos.

– *¿Podrás cabalgar?*

– *Sin duda. Si hago algo mejor que luchar es cabalgar-Johan subió al caballo apenas sin dificultad.*

– *Gracias-dijo ella, brindándole el sombrero de ala.*

– *No hay de qué...¿Cómo demonios lo has cogido?-lo tomó y se lo colocó*

– *Era necesario... Igual que esto- desenfundó la espada y se la dio-.No la pierdas.*

– *Puedes confiar en mí... ¡¡Arré!!*

Agitó las riendas y apretó las espuelas. El caballo comprendió y salió corriendo en una dirección que ni siquiera conocía el jinete.

Capítulo 2

El principado se llamaba Gornburgo. Y la posada El Cuerno Roto. La gente en general, extraño para tratarse de los Reinos Fronterizos, era bastante amable y simpática. La camarera Leina iba de un sitio a otro, repartiendo cerveza y tortazos a los que no sabían mantener las manos quietas. Desde pequeña había estado bien dotada; y desde pequeña su madre la había enseñado a defenderse. Su madre era la campeona de pesos pesados femeninos del torneo habitual en los Reinos Fronterizos. Toda una leyenda. En cambio, Leila no tenía los músculos de su madre, ni unos huesos tan poderosos; ni siquiera tenía cara de perro.

El joven Adolf, aprendiz de posadero del viejo Jonás, posadero de profesión, la amaba en secreto desde que la conocía, pero jamás se había atrevido a decírselo. No pasaba día en el que no pensara en sus trenzas rubias, en su nariz recta, en sus finos brazos o en sus senos. Muchas noches pasaba sin dormir, y por el día no sólo estaba somnoliento sino que encima vigilaba a quien tocara a la camarera con ojo avizor. Últimamente se estaba acercando cada día más y más, pero no por ello sería presa fácil.

Afuera, resonaban los truenos. Cuando caía un rayo el relámpago iluminaba la sala más de lo normal. Por las ventanas cerradas se oía el continuo golpear de las fuertes gotas de lluvia contra los cristales. En cambio, el ruido se disimulaba con la música que había dentro del establecimiento. Hiss Cuchara-caliente tocaba el acordeón, y Krumest el hombre, los hermanos elfos Numion y Cavirdel y Thurin el enano bailaban encima de una mesa; la mayoría cantaba, y los que no, acompañaban dando palmas.

Repentinamente cayó un rayo más fuerte de lo normal, e incluso los que bailaban se detuvieron. El relámpago les cegó y el trueno les aturdió. Ese mismo momento, se abrió la puerta de la posada. Cuando pudieron ver de nuevo, vieron a un hombre que vestía con ropajes negros y un sombrero de ala, también negro. Su pelo no era ni corto ni largo, y no había dejado crecer su bigote. Cerró la puerta y anduvo hacia la barra lentamente siendo víctima de la mirada de todos los que estaban allí. En cambio, poco a poco fue volviendo a la normalidad y la música sonó de nuevo.

– *Necesito una habitación por una noche.*

El hijo del posadero se giró y buscó una llave rápidamente. No le gustaba que estuviera mucho tiempo en el mismo piso que Leina. Se giró bruscamente y abrió la palma mientras con la otra sujetaba la llave.

– *Piso de arriba, segunda habitación a la derecha. Una corona de oro.*

El extraño buscó en su zurrón y sustrajo una moneda. La posó en la palma del chico y cogió la llave. Se dirigía a las escaleras cuando Numion le llamó.

– *¡Hombre extranjero! ¡Venga con nosotros a beber y a bailar!*

El extraño se giró. Su cara se tornó seria y meditabunda, pero después bajó las escaleras sonriendo. Adolf palideció por instantes y después se dejó caer en un taburete detrás de la barra.

– *Desde luego-dijo el extraño.*

Se sentó en un banco junto a Inas y Trotle el bufón. Este le preguntó que cual era su nombre.

– *¿Quieres saber quien soy? Dudo que hayáis oído hablar de mí, pues yo soy Johan Stockher. Nacido en Middenheim y adiestrado en la batalla. Hasta ayer mismo formaba parte del ejército mercenario de Humberto de Remas, pero dentro de poco pondrán precio a mi cabeza por atacar a un capitán de otra compañía-todos parecieron sorprendidos- ¡Pero bebamos! ¡No existe el ayer ni el mañana!*

Los otros rieron la broma y de nuevo empezaron a cantar. Poco a poco, Johan comenzó a beber y a beber, perdiendo la consciencia de lo que sucedía a su alrededor. Necesitaba olvidar los sucesos de la noche anterior, o eso creía. Sabía sin duda alguna que dentro de poco los matones de Riccani estarían persiguiéndole, e incluso tal vez Humberto, convencido por su mezquino familiar, enviase a algunos de sus antiguos caballeros. Entonces habría un motín, si lo que había hecho él no se consideraba un motín, y las cabezas rodarían. Una auténtica pena.

Vio una botella de cristal en el suelo, sin romper y sin abrir. La cogió con la mano derecha y quitó el tapón golpeándolo contra su propio asiento. El corcho salió despedido y rebotó por toda la sala, por suerte sin golpear a ninguno de los presentes. Subió la botella y colocó los labios al final del cuello del recipiente, y la bebida empezó a verterse sobre su garganta. Le quemaba hasta cierto punto, pero en cambio le agradaba. Cuando ya no pudo más, giró la botella y eructó. Alrededor oyó unas risas y oyó distorsionadamente como le pedían la botella. Sin dudarla, la pasó al individuo de la izquierda.

Se sentía mal, realmente mal. Psicológicamente, se sentía culpable hasta de la muerte del abuelo que nunca había conocido. Físicamente, notaba como su estómago y sus riñones jugaban a ver quien se agitaba más. Y, finalmente, ganó el estómago. Johan se inclinó y vomitó su última cena... O tal vez fuera el almuerzo de algún otro día... Desde luego no era de su incumbencia, y tampoco de

la jovencita que se sentó sobre sus rodillas.

La examinó con la mirada y vio que aparentaba dieciocho inviernos. Su castaño pelo era liso y bastante largo, le llegaba casi hasta la cintura. En cambio, lo que más destacaba en ella era un colgante que llevaba en una cinta de cuero. Era una especie de cristal rojizo. A pesar de ello, Johan se concentró en la chica e ignoró el adorno. Se echó el pelo para atrás y dejó ver dos orejas ligeramente puntiagudas.

- *¿Elfa?!-dijo, mitad sorprendido mitad asustado. La segunda mitad no se habría dejado ver tan fácilmente si no estuviera hasta ese punto de embriaguez.*
- *¿Te molesta?- le susurró a la oreja mientras sacaba su lengua.*
- *No... No...- y rió nerviosamente y no supo porqué.*

Las horas pasaron, y la tarde siguió a la noche, llegando más clientes, todos ellos del principado. Mientras tanto, Johan había decidido encerrarse en su habitación con la muchacha de la que desconocía hasta su nombre. Hacía ya algún tiempo que no pasaba momentos tan placenteros. En su vida de mercenario no solían parar en muchas posadas, y muchísimo menos el suficiente tiempo.

De repente se despertó. Y si escribo se despertó es porque se había quedado dormido. Un cristal se había roto repentinamente. Le dolía la cabeza bastante, pero al menos podía moverse con la agilidad habitual. Oyó gritos, golpes y ruido de armas. Buscó su cinturón en la habitación, ya que allí estaba su vaina con su espada. La desenfundó y abrió la sala de una patada, a pesar de que sólo llevara calzones y su sombrero negro.

Se esperaba miles de cosas, pero para nada esa. Afuera, la tormenta seguía rugiendo. En el interior de la posada se desarrollaba una desesperada lucha. Yacían cadáveres ensangrentados de halflings, elfos, humanos y enanos. Los incursores habían matado a la mayoría de la taberna. La milicia aun no había llegado y únicamente los paranoicos y los que habían corrido detrás de ello se salvaban. Los atacantes tenían el tamaño aproximado de un goblin, pero tenían el hocico afilado y cola. Estaban totalmente recubiertos de pelo excepto por la cola, de la misma forma que...

- *¡Skavens!-gruñó Johan.*

Saltó hacia adelante y lanzó una estocada con su arma a uno de los mutantes que revisaba el cadáver de un enano. El filo se clavó en la espina dorsal y salió por el pecho. La víctima gimió algo y se escurrió por la espada.

Sin pararse a limpiar el arma siquiera, saltó sobre una mesa para encontrarse con otro mutante. Este, estaba armado con varias cuchillas atadas a sus nudillos, lo que eran llamado garras de combate. El primer golpe descendiente del humano fue parado con la mano izquierda. Johan giró el arma y dio un giro sobre si mismo. El Skaven cruzó las manos y atrapó la espada con suma facilidad. Giró la mano derecha sobre si misma y el arma se rompió a pocos centímetros de la empuñadura. Johan no desaprovechó un segundo y dio una patada al vientre de su adversario, el cual no se lo esperaba y cayó de la mesa. El humano saltó con la intención de patearle la cabeza, pero esta vez el mutante consiguió esquivar el golpe rodando por el suelo. Johan se agachó y tomó una botella rota, a la vez que el Skaven se levantaba y lanzaba sus cuchillas contra su cabeza. El mercenario lanzó su brazo hacia delante y el cristal se clavó en el estómago de la criatura, mientras que las cuchillas se habían quedado a pocos milímetros de su cráneo. El Skaven cayó al suelo y Johan empuñó una daga que la criatura guardaba en su cinto.

El mercenario se levantó y se dispuso de nuevo al combate; aún con la cabeza dolorida y armado

con una extraña daga que parecía tener un veneno letal y una botella rota. Pronto, los engendros-rata vieron que podía tratarse de un enemigo un tanto peligroso y la superioridad numérica por la que son conocida los Skavens se hizo notar. Johan golpeaba a diestro y siniestro, manteniendo a sus enemigos a una distancia de diez centímetros el que menos. Repentinamente, oyó un silbido y vio como uno de los hombres supervivientes (armados con un gigantesco garrote) le indicara que se retirara al piso de arriba. Afirmó con la cabeza y se subió a una mesa, cerrando más el círculo de atacantes pero disponiendo de una línea de visión mejor. Vio como los otros diez supervivientes subían, y pensó que había llegado su oportunidad. Flexionó las piernas y las estiró para saltar hacia delante. En cambio, no contó con un charco de cerveza, que tras superar al Skaven le hizo caer de bruces en el suelo. Cabeza abajo y desprotegido, su final estaba cerca. Oía el ruido de los hombres-rata más cerca cuando de repente escuchó el sonido de una cuerda al destensarse. Se levantó y subió escaleras arriba sin mirar atrás, aunque no se sorprendió de ver a Cavirdel con una ballesta en sus manos.

A grandes zancadas y oyendo como los Skaven le perseguían, llegó al piso de arriba. La puerta estaba abierta, y cuando llegó el Elfo le esperaba en la puerta.

- *¡Agacha!-le gritó. Y Johan sin dudar se lanzó al suelo, rodando. No se sorprendió al escuchar el gemido de un Skaven precedido del vuelo de una saeta. Se levantó rápidamente y cerraron la habitación.*

El mercenario miró a los supervivientes: el hombre del garrote, tres enanos, un halflings, dos elfas (entre ellas con la que se había acostado), Adolf, Leila y Cavirdel. Todos ellos armados, aunque fuera con un pequeño cuchillo de cocina. La mayoría estaban doblados y respirando agitadamente. El mercenario buscó una espada en la sala, y cuando la tuvo tiró la botella.

- *¿Y bien?-preguntó- ¿Qué demonios ha sucedido aquí?*
- *No sabemos mucha más que tú Stockher. Repentinamente una de esas criaturas entró por la ventana... y el resto ya lo sabes-contestó Cavirdel.*
- *¿Y por qué han venido?- preguntó Jester, el halfling.*
- *Lo ignoro completamen...*
- *Yo no-gruñó Johan, recordando-.Registraban los cadáveres, buscaban algo, y me atrevería a apostar el que.*

Lanzó una mirada mortífera al cuello de su consorte y los otros también miraron en esa dirección. Al principio no le habían importado que llevase un cristal como amuleto, pero a lo largo de sus años como guerrero había aprendido que todas las criaturas inteligentes que eran distintas a los humanos, buscaban las cosas brillantes y mágicas.

- *Todos los hombres del Norte sois iguales; pareceis amables, pero luego sois unos cerdos desconfiados.*

Johan se acercó, sin dejarse intimidar por las palabras.

- *¿Dónde lo encontraste?*
- *Y después siempre te vienen con parrafadas sobre su intomable ciuda...*
- *¡¡¿Dónde lo encontraste?!-gritó Johan, con voz muchísimo más fuerte. La chica se dejó caer*

*en una silla y de su rostro salieron lágrimas; en cambio, el mercenario no debilitó su tono-
Cuéntalo rápido, en pocos minutos habrán roto la puerta.*

Y justo en ese momento, como concordando con las palabras de Johan, la puerta dio de sí y aparecieron un gran grupo de Skavens atraviados de negro. El mercenario se giró rápidamente y lanzó el cuchillo robado, estrellándose en la frente de uno de los Skaven. Cavirdel presionó el disparador de la ballesta y una saeta se clavó en el pecho de otro atacante. El que parecía el líder chilló algo en su extraña lengua y se lanzaron al combate. Adolf se lanzó hacia delante armado con una espada corta, lanzando continuos golpes contra ningún Skaven en particular. Johan se lanzó hacia delante seguido de Cavirdel y los tres enanos. Por cada atacante que caía otros dos entraban por la puerta, hasta el punto de que invadieron la habitación. En cambio, aun conseguían mantenerles.

Johan combatía contra dos hombres-rata a la vez. Golpeó transversalmente, pero ambos Skavens esquivaron la cuchilla. Lanzó otro golpe, pero también fue esquivado. Uno de los Skavens dio una artística voltereta encima de él y cayó a su espalda. Johan se agachó justo en el momento en el que ambos lanzaban un golpe, y cada Skaven clavó sus garras de combate en los hombros del otro, quedando atrapados en un mortal abrazo. El mercenario rodó por el suelo y les decapitó ahora que estaban atrapados. Echó una ojeada para ver como llevaban los otros la situación. Dos de los tres enanos habían caído, las dos elfas habían desaparecido. El elfo luchaba contra cinco Skavens en una batalla desesperada. El Halfling acababa de ser degollado por una rápida cimitarra. El hombre del garrote había sido apuñalado por todo su cuerpo. Aun así, observaba como los Skavens se replegaban.

Buscó a Leina con la mirada, y encontró como se la llevaban los hombres rata en su retirada. Adolf la vio justo en ese momento y saltó hacia los Skavens que la llevaban gritando algo.

– ¡No, Adolf, no!- le gritó Johan y le cogió del hombro.

Adolf golpeó con su puño izquierdo en la cara del mercenario. Este se cogió la parte dolida e intentó coger a Adolf, pero ya era demasiado tarde. El joven corrió hacia los secuestradores mientras volvía a lanzar inútiles golpes con su espada. Uno de los Skavens se paró, se agachó para esquivar la segada de Adolf y clavó su espada en su estómago.

El chico palideció y cayó de rodillas cuando la criatura le quitó la espada. Observó a Leina por última vez, la única persona que había querido de tal manera. En su boca se ahogaron unas últimas palabras que no consiguió pronunciar debido a la falta de aire; lo intentó una y otra vez, hasta que finalmente cayó al suelo, sin poder mover los músculos. Lo último que vieron sus ojos fue un hombre, un enano y un elfo que combatían para vengar su muerte.

Johan lanzaba golpes a diestro y 7sinistro contra el Skaven que acababa de quitar la vida a Adolf. La criatura paró sus golpes con suma facilidad. Trabó las armas y golpeó con su zarpa al mercenario, el cual cayó rodando. Buscó algo con la mirada.

El enano y el elfo atacó al Skaven a la vez, justo después de que Johan cayera. El elfo atacaba con su cimitarra y el enano con su hacha de doble filo. El mutante esquivaba las dos armas una y otra vez, hasta que giró sobre si mismo golpeando al enano con su cimitarra en el hombro. Este apoyó una rodilla en el suelo mientras se sujetaba la herida. Cavirdel lanzó un golpe a la cabeza del Skaven, pero la criatura lo consiguió esquivar y derribó al elfo de la misma forma que había hecho con el humano. Con ambos combatientes en el suelo, el engendro bajó la cabeza y atrasó un poco la cimitarra. Oyó un "clack" cerca de su cabeza. Levantó la mirada y vio como el hombre le apuntaba con la ballesta entre ceja y ceja.

- *Ve con Mòrr, criatura del infierno.*

Presionó el gatillo y la saeta atravesó el cráneo de la criatura, cayendo para atrás, muerta. Johan tiró la ballesta al suelo, cogió la espada y miró a los otros dos.

- *Vamos, no hay tiempo que perder.*

El Elfo y el Enano se levantaron y le siguieron mientras bajaba las escaleras de la posada de dos en dos. Los Skavens ya se habían ido hacía un tiempo. Cavirdel y el Enano vieron que Johan estaba en el exterior, buscándoles con la mirada. Se metió dentro de la posada.

- *Voy a seguirles; acompañadme si así lo deseais.*
- *Iremos-dijo Cavirdel- tanto yo como Uther, pero no por ninguna de las mujeres sino por el amuleto de Shyla.*
- *Yo tampoco-contestó Johan-; pero creo que tú sabes algo más de ese cristal que lo que aparentas.*
- *Deberíamos salir rápido, antes de que se escabullan- se escusó el Elfo.*
- *Aún hay tiempo-le contradijo Johan. Cavirdel se dio por abatido y se sentó en un taburete.*
- *Fue el año... No lo sé, y tampoco importa mucho, la verdad. Habíamos partido desde el bosque de Loren a explorar el cercano Valle de Yetzin. Eramos Shyla, yo y otros cinco que no conoces... y no conocerás jamás. La travesía fue larga y peligrosa, y durante mucho tiempo estuvimos subiendo y bajando montañas, luchando contra goblins en alguna ocasión.*

Así se continuó nuestro viaje hasta que llegamos a una antigua mina de los Enanos, un Karak. Allí se batía un nigromante orco no-muerto...-Johan pareció perplejo- Sí, me has oído bien, nigromante orco y con él sus criaturas también no-muertas. Se enfrentaban contra un contingente Enano, y sin pensarlo un segundo más nos lanzamos a la carga. Los Enanos ganaban poco a poco terreno al hechicero, y finalmente se vio sin sus creaciones. En vez de rendirse o acobardarse, se rió de sus enemigos y lanzó un terrible hechizo, una llamarada a partir de sus cadavéricos dedos- Cavirdel repitió el gesto del nigromante, recordando el dolor que le causó-.Sólo nos salvamos mi hermana, Shyla, y yo. Aprovechando ese momento que el hechicero estaba sin poder mágico nos lanzamos al combate y conseguimos vencerle. En sus vertebras vimos que colgaba un cristal rojo.

- *¿El mismo que lleva ahora?*
- *El mismo. No supimos para que servía, pero nos dimos cuenta de que cuando Shyla lo llevaba era capaz de lanzar encantamientos basados en el fuego, como aquel que hizo el Orco. Además, se había hecho inmune al fuego y al calor. Rehusamos volver al Bosque de Loren, creyendo que con aquel artefacto teníamos la vida solucionada, y cruzamos El Imperio y las Montañas del Fin del Mundo hasta llegar hasta aquí- Cavirdel hizo una pausa, y cuando siguió lo hizo con un tono más ausente y siniestro- .Al principio sólo lo llevaba para combatir, pero después lo usaba más y más y más... Hasta el día de hoy, que no se lo podrías quitar sin derramar sus lágrimas...*
- *Triste historia-admitió el mercenario-. En cambio, eso no nos revela para que propósito lo desea un general Skaven. Preferiría no adivinarlo demasiado tarde, a si que me temo que debemos ponernos en marcha.*

Capítulo 3

Johan llevaba una antorcha en la mano, para ver con más claridad en la noche. Detrás de él, Cavirdel tenía la ballesta cargada y detrás estaba Uther, con su gigantesca hacha. Había poca niebla, pero el fuego apenas alumbraba en la noche. Todo estaba lleno de charcos. Algunos reflejaban el fuego, mientras que otros eran rojos. De vez en cuando se encontraban con el cadáver de alguno que había osado ponerse en su camino. Esto servía de rastro para el trío. Callejearon un rato más por la ciudad de Gornburgo, hasta que no pudieron reconocer más huellas ni encontrar más cadáveres. Se habían quedado justo en la plaza central de la ciudad, sin ningún lugar al que poder ir debido a su lentitud. Cavirdel fue el primero en maldecir. Johan anduvo en círculos y Uther se apoyó en una pared, meditabundo.

La tormenta ya había dejado de caer, pero la lluvia seguía calándoles, manteniendo su rítmico repiqueteo sobre el suelo. Cada uno pensaba en sus propios asuntos, que ninguno de los otros sospechaba. Habían sido amigos por una noche, sí, e incluso habían bebido juntos pero... ¿Qué pasaría después de aquello? Tal vez no acabasen tan bien como creían. Aquel pequeño amuleto que colgaba de un cuello no era más que un fragmento, pero Cavirdel sabía que daba verdadero poder. Y el poder no se desprecia a la ligera, ya se trate de hombres, enanos o elfos.

Repentinamente, Johan pisó algo que era de metal. Los otros le miraron y él les miró. Rió por no haberse dado cuenta antes mientras los otros se acercaban a él.

– ¡Demonios, las alcantarillas!

Se agachó y tendió la antorcha al Elfo para que la cogiera. Utilizando sus dos manos levantó la tapa y la dejó tendida a un lado. Volvió a coger la antorcha y saltó hacia lo desconocido. Desde el fondo, oyeron la voz del humano indicándole que tenían el paso libre. Bajó el Elfo y fue seguido por el Enano.

Andaban sobre un riachuelo compuesto por una mezcla entre agua, heces y orina. Ninguno hacía ascos, pero no les agradaba demasiado. El espacio era ancho, suficiente para que entraran ocho o diez hombres en una misma línea, con espacio más que suficiente para desenfundar y luchar. Era incluso más oscuro que arriba. Se alarmaron al oír un chillido de rata, pero al cabo de un tiempo se hizo más que normal.

Johan encabezaba al grupo con la luz. Andaba a grandes zancadas, sin inmutarse por pisar, oler u oír algo fuera de lo normal. Con su mano derecha llevaba cogida el rudo pomo de su espada, preparado para desenvainar. Detrás del hombre andaba Cavirdel con la ballesta en la mano derecha, relajada. Sus ojos eran bastante más penetrantes que los del humano, y podía ver en la oscuridad por lo que ignoraba la antorcha. Miraba a todos lados, y se mostraba mucho más miedoso que el hombre. En la retaguardia del grupo, Uther andaba cabizbajo, casi arrastrando su hacha. Parecía meditabundo.

Durante lo que creyeron horas estuvieron andando, hasta que al final llegaron a una boca de dos caminos. En un primer momento estuvieron mirándose entre ellos, sin decidir nada. Repentinamente, sonó un grito de agonía de la cavidad siniestra. Johan desenfundó la espada, Cavirdel cargó una saeta y Uther tomó el hacha con una segunda mano. Con antorcha en mano y arma desenvainada, el hombre guiaba a los otros dos por la alcantarilla. En aquel pasaje había más oscuridad que en el anterior, e incluso el elfo y el enano tuvieron que ser ayudados por la luz artificial. Apenas habían avanzado doscientos metros cuando llegaron a lo que parecía el origen del grito.

La estancia parecía una mazmorra, aunque Johan dedujo en unos segundos que era un "matadero de prisioneros". Los cadáveres cubrían el suelo de una forma terrorífica, y más de uno habría vomitado el desayuno tras ver aquello. El último en perecer aun tenía la daga clavada en el pecho. El verdugo, un hombre-rata de oscuras vestimentas no tuvo más que silbar para que una jauría de Skavens apareciese por su espalda, armados hasta los dientes.